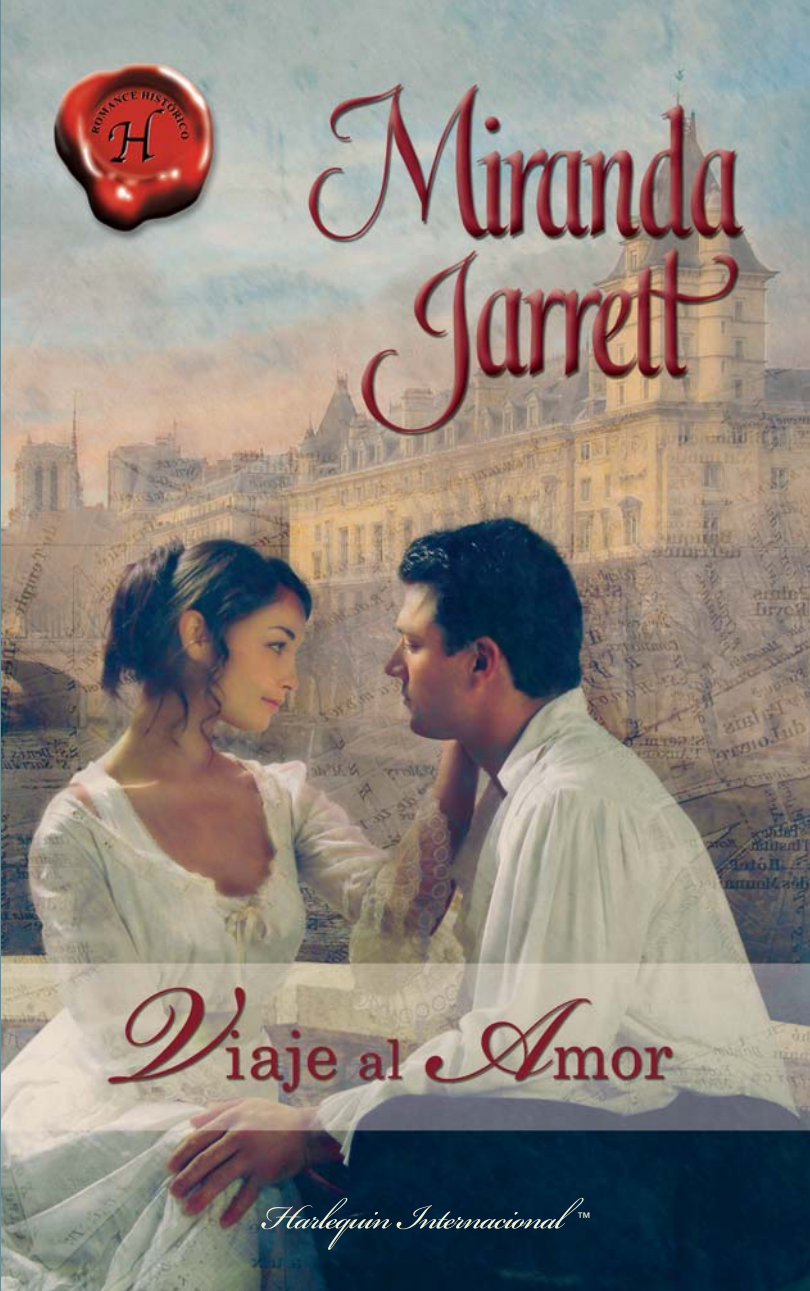

ROMANCE HISTÓRICO
H
Miranda Jarrett
Viaje al Amor
Harlequin Internacional™

Uno

Aston Hall, Kent
Junio, 1784

Con un rápido movimiento de su falda de muselina, lady Mary Farren ocupó su lugar entre los bailarines en el salón de baile de su padre. La velada era cálida, y las enormes ventanas estaban abiertas para captar cualquier brisa de los jardines de fuera. Bajo las docenas de velas colocadas en las lámparas de araña, los sonrojados caballeros de su alrededor hacían todo lo posible por parecer guapos y galantes, mientras que las damas trataban de parecer hermosas y coquetas. Y todos ellos estaban convencidos de que representaban a lo más selecto de la sociedad de su pequeño condado.

Aquélla había sido la única vida que Mary había conocido en sus dieciocho años de existencia; la única vida que le habían permitido conocer siendo la hija mayor del duque de Aston. Pero en tres días, eso cambiaría para siempre, y Mary no podía esperar más.

Incluso cuando los músicos terminaron de tocar las últimas notas y su compañero de baile se apartó de ella con una reverencia, Mary seguía repasando en su cabeza los detalles del viaje: la ropa indicada metida en los baúles, los pasajes reservados y las cartas de presentación ya preparadas, los mapas, las guías y…

—Lady Mary, si no le importa —la señorita Wood, la institutriz de Mary y próxima compañera de su viaje, estaba a su lado con las manos entrelazadas sobre su vestido gris—. ¿Podría hablar en privado con usted, milady, si no le importa?

Mary asintió y la condujo hacia una de las alcobas, donde su conversación quedaría perdida entre la música y las voces de su alrededor. Aunque con veintiocho años la señorita Wood seguía siendo una mujer joven, la institutriz siempre era el colmo de la discreción y la corrección, y sólo una auténtica emergencia la habría llevado al salón de baile, donde estaba tan fuera de lugar como una paloma entre papagayos. Pero, desde la larga enfermedad y posterior muerte de la duquesa, cuatro años antes, Mary había asumido muchos de los deberes de su madre, y era bastante apropiado que la institutriz la buscara en esa ocasión.

Pero ojalá no se tratara de nada que pudiera retrasar su partida. Dios la perdonaría por ser egoísta y no querer que nada estropease su primera oportunidad de tener una vida más allá de Aston Hall.

—¿De qué se trata, señorita Wood? —preguntó Mary en voz baja—. ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de su hermana, milady —dijo la señorita Wood—. Su padre ha pedido que se reúna con él, pero no logro encontrarla.

—¿Diana se ha ido? —la ansiedad de Mary tomó un nuevo rumbo. No era que temiese que le hubiera ocurrido una desgracia a su hermana. Diana siempre era la causa de las desgracias, nunca la víctima; hermosa y despreocupada, resultaba tan irresistible para los hombres como los hombres se lo resultaban a ella.

Simplemente no parecía poder ser de otra forma. Mientras que Mary era responsable y considerada, Diana no era ninguna de esas cosas. ¿En cuántas ocasiones Mary había tenido que calmar la rabia de su padre después de que Diana hubiese estado paseando con otro apuesto joven por el campo, siempre al borde del escándalo y arruinando sus posibilidades de conseguir un matrimonio respetable? ¿Cuántas veces había prometido Diana reformarse, rogándole a su hermana que volviese a arreglar las cosas con su padre cuando el siguiente joven apareciese bajo su ventana?

—¿Ha mirado en todas partes, señorita Wood? —preguntó Mary—. Estoy segura de haber visto a Diana bailando hace menos de media hora.

—¿Recuerda quién era su acompañante? —preguntó la señorita Wood—. Tal vez esté con él, milady, y podamos…

—Estaba bailando con el doctor Canning, como un favor para nuestro padre —Mary suspiró. El doctor Canning tenía por lo menos setenta años y poca habilidad para cortejar a una dama—. Es un caballero amable, pero dudo que Diana se haya ido al jardín con él.

—Ya he mirado allí —la señorita Wood miró por encima de su hombro hacia donde se encontraba el padre de Mary con varios amigos. A pesar de la fiesta, no estaba feliz, eso era evidente. Había llamado a Diana y esperaba obediencia inmediata. Pero Diana no había aparecido y el duque las miraba desde el otro lado de la sala con los brazos cruzados.

—He mirado en su habitación, milady —continuó la señorita Wood—, y en la biblioteca, la sala de dibujo, incluso en la mantequería.

—¡No menciones la mantequería! —exclamó Mary con exasperación. Fuera lo que fuera lo que hubiese ocurrido el pasado verano en la mantequería entre Diana y un apuesto tutor de Oxford aún hacía que su hermana se tapase la risa con la servilleta cada vez que la mantequilla aparecía en la mesa. Mary no quería saberlo—. Tal vez Diana simplemente haya ido al excusado.

La señorita Wood negó con la cabeza y dijo:

—La doncella que hay allí no la ha visto en toda la noche, milady, y…

—Los establos —Mary recordó que Diana le

había dirigido varias sonrisas al nuevo mozo de cuadras mientras éste la ayudaba a montar en su yegua aquella mañana. Al ver cómo el mozo le devolvía la sonrisa, Mary había pensado que sería porque era nuevo entre los empleados y aún no había encontrado su lugar. Pero ahora pensaba de otra forma.

—¿Los establos, milady? —preguntó la señorita Wood—. ¿Cree que…?

—Sólo es una idea —dijo Mary—. Iré a buscar a Diana mientras usted le dice a mi padre que…

—Lo siento, milady, pero no puedo permitir eso —contestó la señorita Wood con firmeza—. No en los establos, sola y de noche.

—Pero yo puedo encontrar a Diana antes de que…

—Su lugar está aquí, en el baile, milady —insistió la institutriz—. Quédese aquí con el duque y yo iré a buscar a lady Diana.

—Es mi hermana —dijo Mary—, e iré a buscarla yo.

—Pero su excelencia…

—Dígale a mi padre que Diana estará aquí enseguida. Ni siquiera se dará cuenta de que me he ido —Mary se dio la vuelta para salir al jardín por la puerta más cercana antes de que la señorita Wood pudiera protestar de nuevo.

Corrió por el camino de piedra levantándose la falda con las manos para no tropezar. Allí, lejos del

calor de las velas, la noche era más fresca, y Mary comenzó a respirar profundamente, preparándose para lo que pudiera suceder a continuación. No sabía bien cómo ni dónde encontrar a Diana.

Para ser sincera, esperaba no encontrarla allí. Como Mary y la señorita Wood iban a marcharse al continente, Diana y su padre partirían esa semana para Londres, donde Diana sería presentada en la corte y, con su belleza y un poco de suerte, atraería a un marido apropiado. Era justo lo que Diana decía desear más en la vida, de modo que Mary no entendía por qué su hermana querría arriesgarlo todo por una aventura con un mozo de cuadras.

Mary se mantuvo entre las sombras, teniendo cuidado para no ser vista. El terreno frente a los establos estaba lleno de los carruajes de los invitados esa noche, y los chóferes y lacayos esperaban sentados por allí, hablando y riendo, coqueteando con las doncellas que habían conseguido salir de la fiesta. Diana no estaba por allí, ni tampoco el nuevo mozo de cuadras. Aunque probablemente para entonces ya se hubieran retirado a un lugar más íntimo.

¡Maldita su hermana por ponerla de nuevo en una situación así! Probablemente Diana se hubiese convencido a sí misma de que no estaba rompiendo sus promesas sobre buen comportamiento, de que quedar con un miembro del servicio no contaba. Mary odiaba tener que ser el perro guardián otra

vez, casi tanto como odiaría tener que enfrentarse a su padre de nuevo.

No era que no quisiera a Diana, porque sí la quería. Eso nunca cambiaría. Pero estar siempre pendiente de ella por si se equivocaba se había convertido en una tarea agotadora. Mary ansiaba ser conocida no como la hija del duque, ni como la hermana de lady Diana, sino como ella misma. En el continente, lejos de Aston Hall, rezaba para que así fuera.

Bordeó la pared de ladrillos y entró por la puerta lateral del establo. Salvo por el ruido de los caballos, el establo parecía vacío y oscuro.

—¿Diana? —dijo—. ¿Diana, estás aquí?

No hubo respuesta, aunque realmente no esperaba que Diana apareciese de golpe de debajo del heno como cuando eran pequeñas y jugaban allí. Aquello era diferente, muy diferente.

Mary se aclaró la garganta y subió la voz.

—Diana, padre te está buscando. Si estás… si estás escondida aquí, tienes que volver a casa. ¿Me oyes?

De nuevo, nadie contestó. Pero, en esa ocasión, Mary estaba segura de haber oído algo que no era un caballo, sino una risa amortiguada proveniente de uno de los establos. Para Mary, aquello fue más que suficiente. Agarró uno de los faroles que colgaban junto a la puerta y se dirigió hacia allí.

—Hablo en serio, Diana —anunció furiosa—.

Sal ya, o te delataré como los perros de padre hacen con un zorro.

Cuando llegó al último cubículo, abrió la puerta y levantó el farol sobre su cabeza.

Se quedó con la boca abierta.

Le resultó difícil distinguir cuáles eran los brazos y piernas de su hermana y cuáles los del mozo, de lo enredados que estaban el uno en el otro. Diana tenía el vestido levantado con un abandono indecente, y el hombre tenía la mano extendida sobre su muslo desnudo. Ella le había desabrochado la camisa y deslizaba las manos por su espalda ancha y desnuda. Su pelo rubio estaba suelto y las mejillas sonrojadas.

—¡Mary! —gritó Diana—. ¿Qué estás haciendo aquí, espiándonos a Will y a mí?

—No estoy espiando, Diana —dijo Mary—. Padre quiere verte, y sabes que debes ir. ¿No ves que estoy intentando salvarte de ti misma?

—¿Vamos, milady, dónde está la diversión en eso? —preguntó el mozo de cuadras girándose hacia ella—. Mejor aprovechar ahora. Vamos, cariño, tengo mucho para compartir con las dos hermanas.

Antes de que Mary pudiera darse cuenta, él le había agarrado la mano para tirar de ella. Demasiado sorprendida para hablar, trató de zafarse de él.

—¡Para, Will, no! —exclamó Diana—. Mary, tranquila, no es… ¡Oh, no! ¡Padre! ¡Oh, no, padre!

Mary se dio la vuelta lentamente sintiendo cómo

el corazón le latía con fuerza. No era una broma. Junto a la puerta estaba su padre, más furioso de lo que jamás lo había visto, con la señorita Wood y Robinson, el jefe del establo.

Mary hizo una reverencia, lo mejor que se le pudo ocurrir en tales circunstancias. Si la señorita Wood le hubiera permitido encargarse sola, en vez de meter a su padre en el asunto.

—Padre, por favor —dijo Diana—. Esto no es lo que parece.

—No, padre —convino Mary—. No lo es en absoluto.

El mozo soltó a Diana y dijo:

—Perdón, su excelencia, pero ella dice la verdad. Esto no es lo que parece.

—¡Calla, maldito estúpido! —exclamó el duque con expresión sombría—. No quiero excusas de nadie. Sé lo que veo, y sé lo que es esto.

—No culpe a Mary, padre, se lo ruego —dijo Diana tratando de arreglarse el pelo—. Ella sólo estaba…

—Te diré lo mismo que le he dicho a tu hermana, Diana —dijo el duque—. No quiero más excusas.

—No estamos dando excusas, padre —interrumpió Mary—. Sólo estaba… yo…

—Se acabó —dijo su padre con un movimiento brusco de su mano—. Reuníos conmigo en la biblioteca. Ahora.

Se dio la vuelta y desapareció seguido de la señorita Wood. El jefe del establo agarró al mozo del hombro y lo arrastró fuera del establo.

Mary miró a su hermana y Diana agachó la cabeza. Ya era tarde para dar explicaciones, demasiado tarde para arrepentirse.

Lo único que podían hacer era obedecer.

Una hora más tarde, Mary estaba sentada al borde del banco en el hall frente a la biblioteca, con las manos entrelazadas sobre su regazo. Diana había entrado primero a hablar con su padre y, aunque Mary no lograba distinguir sus palabras a través de la puerta cerrada, oía lo suficiente para saber que la ira de su padre no había disminuido en lo más mínimo, y que las lágrimas y lamentos de Diana no ayudaban a su causa.

Mary agachó la cabeza, cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos, tratando de olvidar a su familia. Pronto la llamarían. Tendría que calmar a su padre y exigir promesas de cambio a Diana. Una vez más, conseguiría alcanzar una paz inestable en las aguas constantemente revueltas de Aston Hall.

Al otro lado de la puerta se oyó el ruido de porcelana rota, y Mary encogió los hombros como una tortuga metiéndose en su caparazón. En tres días, partiría para Francia y quedaría libre de todo.

Sólo tres días más…

La puerta se abrió.

—Es cruel, Mary. ¡Es muy cruel con las dos! —exclamó Diana tirándose al suelo frente a ella y agarrándole las manos—. ¡Oh, Mary, lo siento mucho!

—No armes un escándalo, Di —susurró Mary apresuradamente, sabiendo que tenía poco tiempo antes de que fuera su turno—. ¿Qué es lo que más le ha molestado? ¡Rápido, dímelo! ¿Qué tengo que decir para que se tranquilice?

Pero Diana simplemente agitó la cabeza y dijo:

—Oh, Mary, ¿cómo podrás perdonarme? Sólo quería divertirme un momento, y mira lo que ha ocurrido. Padre nos hace sufrir tanto a las dos cuando…

—Mary, entra —dijo el duque desde dentro de la biblioteca—. Sé que estás esperando ahí fuera, porque siempre has sido la obediente.

—No te preocupes, Diana. Yo arreglaré las cosas —dijo Mary apretándole las manos a su hermana. Luego se alisó la falda, levantó la cabeza y se reunió con su padre en la biblioteca.

—Por fin estás aquí, Mary —el duque estaba sentado en su sillón de cuero, tras el escritorio. Aunque era viudo, su padre aún era joven y de buena apariencia, y las mujeres se fijaban en él allá donde iba. Al contrario que los caballeros de su generación, él había elegido seguir la nueva moda, abandonando las pelucas en favor de su pelo oscuro natural con algunas canas.

Aunque, cuando se colocó frente a él, lo primero que Mary advirtió era lo hinchada que tenía la vena de la frente, una mala señal que reconocía demasiado bien.

—Tu hermana ha vuelto a avergonzarme, Mary —comenzó con voz iracunda—. Ni siquiera tú puedes defenderla esta vez.

—Yo no defendería a Diana —dijo Mary con cuidado, buscando el mejor modo de calmarlo—. Por tanto, no pido perdón para ella, sino piedad.

Su padre se rió con sarcasmo.

—Vamos, Mary, esperaba algo más ingenioso de ti.

—La piedad no requiere ingenio, padre.

—No, pero yo sí. ¿Por qué defiendes a Diana? Estaba actuando como una desvergonzada con ese muchacho, como si nuestro buen nombre no significara nada para ella.

—Ella no pretendía disgustarle, padre. Estoy segura —dijo Mary—. Yo diría que ha sido una irresponsable.

—Sí, dejando que un mozo de cuadras cualquiera le levantase la falda —gruñó su padre—. ¿No tengo derecho a disgustarme por eso?

—Sí, padre —dijo Mary, sabiendo por experiencia que ésa era siempre la respuesta más segura, y normalmente la única aceptable—. Claro que tiene derecho.

—¿Entonces por qué sigue tu hermana avergon-

zándome así? —incapaz de seguir sentado, echó el sillón hacia atrás y se puso en pie, dándole la espalda a Mary para mirar por la ventana—. Ya es hora de que se case. Estoy demasiado mayor para estas cosas. Necesita un marido joven y fuerte que consiga su obediencia, alguien que le dé hijos y apacigüe su espíritu. Eso es lo que necesita: un marido honesto y unos cuantos hijos. ¿Qué mejor manera de convertir un potro salvaje en una yegua?

—Sí, padre —repitió Mary—. Si Diana pudiera encontrar a un hombre al que amara con todo su corazón…

—No me hables de esas tonterías, Mary —contestó su padre—. ¡Amor! Lo último que tu hermana necesita es una dosis de esa tontería.

—No, padre —dijo Mary suavemente. Recordaba que sus padres habían estado muy enamorados el uno del otro. Desde la muerte de su madre, su padre hablaba del amor sólo con amargura, y recordaba a su madre sin ternura, como si su enfermedad fuera una especie de afronta personal para él—. Pero, si en Londres consigue encontrar una pareja favorable, una que le plaza a usted…

—Londres no —dijo su padre apretando los puños—. ¿Cómo puedo presentar a Diana a su majestad después de un comportamiento tan escandaloso?

—Pero ninguno de los invitados se ha dado cuenta —protestó Mary—. El único que podría

hablar sería el mozo de cuadras, y estoy segura de que el señor Robinson hablará con él para que no lo haga.

—Ese mozo tendrá los próximos tres años de su vida para arrepentirse —dijo su padre—. Le he ordenado a Robinson que lo envíe al ejército, para que sirva a su majestad y no ha mi hija.

—¡Oh, padre, no enviará fuera a Diana también!

—Si fuera elección mía, la encerraría en el convento más oscuro que pudiera encontrar —dijo él—. Pero me has pedido que tenga piedad, Mary, y así lo haré.

—¿Entonces la perdonará? —preguntó Mary—. ¿La llevará a Londres?

—He dicho que seré piadoso, no tonto —dijo su padre, girándose hacia ella—. Voy a mandarla al extranjero contigo.

Dos

Calais, Francia

Con la campana sonando sobre su cabeza, lord John Fitzgerald entró en la tienda de antigüedades Dumont, deteniéndose para acostumbrar sus ojos a la puesta de sol. John ya había estado allí varias veces; sabía qué esperar, incluso el polvo y el moho. Aunque el propio Dumont era francés por los cuatro costados, el cartel que colgaba en la fachada de la tienda estaba escrito en inglés, algo conveniente para su clientela, mayoritariamente inglesa.

Desde que Gran Bretaña y Francia habían firmado la paz y viajar al continente estaba de moda otra vez, multitud de ingleses pasaban por la tienda de Dumont con los ojos y las carteras muy abiertas, dispuestos a creerse cualquier historia que tuviera que contarles sobre su dudosa mercancía, y ansiosos por pagar lo que él les pidiese.

John, sin embargo, no era así. Tenía un don para distinguir lo falso de lo verdadero, y no le daba

miedo decirlo. En una tienda que prosperaba a base de mentiras, su vista y su conocimiento lo convertían en un cliente incómodo para Dumont.

—Oh, *bonjour*, milord —dijo Dumont—. Veo que ha regresado para torturarme.

—Buenos días a usted también, Dumont —dijo John escudriñando la habitación en busca de algo valioso. Dado que Calais era con frecuencia la primera o última parada de sus viajes, era un cliente habitual—. He regresado porque he oído que tiene material nuevo de Florencia.

—Como un bandido, viene a robarle a este pobre hombre, milord —con gran esfuerzo, Dumont se levantó de su silla tras el mostrador—. ¿Por qué no me deja en paz?

—Porque, de vez en cuando, Dumont, encuentro algún tesoro entre su basura —dijo John, imperturbable ante los comentarios del anciano. Llevaba fuera de Londres más de un año y por fin había planeado regresar esa semana. Necesitaba un regalo para llevarle a la opulenta duquesa de Cumberland, una buena amiga. Su romance con ella había comenzado el pasado invierno en Roma, y también había acabado allí, amigablemente para ambas partes. Pero aun así John pensaba que un regalo para su nueva casa en Grosvenor Square sería un bonito gesto. Su excelencia ya le había prometido su apoyo cuando regresara a Londres; necesitaría grandes aliados tras el escándalo del año anterior en la

playa, en Brighton. Además, le gustaba que las mujeres suspiraran por él; tal consideración siempre le había sido útil.

—Mi basura —repitió Dumont—. Es usted demasiado cruel, milord. Pero tengo varias piezas nuevas, sí. La desgracia de un coleccionista es el botín de otro, milord, y que siempre sea así.

—Confío en que no sea ningún caballero conocido por mí —dijo John. Los cuadros y otras piezas de arte solían ser las primeras cosas en venderse cuando un caballero pasaba una mala racha económica. Dependiendo de las circunstancias, John podría aprovecharse de eso y revender las piezas en Londres a mayor precio.

Tampoco ofrecería sus excusas. Los hijos pequeños no tenían por qué, particularmente los hijos pequeños que habían tenido la mala suerte de nacer los sextos en la línea de sucesión de una noble familia irlandesa con una finca en bancarrota. Oh, recibía ciertos ingresos de un tío lejano y tenía cierta suerte en el juego; y por necesidad había conseguido hacerse amigo de gente influyente. Pero, si la vida de John era un sendero pedregoso cuesta arriba, que así fuera. Él simplemente había distinguido los diamantes entre esas piedras y había ido recogiéndolos. ¿Cuál era el pecado en todo aquello?

—Tengo muchas fuentes de suministro, muchas fuentes —estaba diciendo Dumont vagamente—. No puede esperarse de un hombre tan mayor como

yo que los recuerde a todos. ¿Ha venido para comprar algo en particular, milord? ¿Quiere que le conduzca hacia su selección?

—Mantendré los ojos abiertos para ver lo que me gusta —dijo John, y comenzó a escudriñar las estanterías llenas de piezas de cristal, porcelanas, estatuas, dibujos y grabados. La duquesa de Cumberland no era exquisita en cuanto a la calidad, pero exigía que sus posesiones reflejaran la grandeza de su persona y de su estatus. Cualquier cosa dorada serviría, o una Venus, o incluso un pequeño Cupido…

—Mire esto, milord —Dumont estaba mostrándole con orgullo una pequeña estatua de bronce que representaba a Mercurio—. De las manos del gran maestro Benvenuto Cellini. Se ve por la delicadeza de la obra, la exuberancia de la línea. ¡El sello de un auténtico genio del siglo dieciséis!

El tendero le entregó la estatua a John y entrelazó sus manos como si estuviera rezando.

John llevó la estatua hacia el escaparate y la levantó hacia la luz del crepúsculo. Era una falsificación respetable. Y la pátina había conseguido un aspecto antiguo. Pero la expresión de Mercurio era bobalicona.

—¿No está maravillado, milord? —preguntó Dumont—. Tener en sus manos una pieza así es un regalo, una bendición, un honor, una…

—Una mentira —dijo John—. Sabe tan bien como yo que esta pobre imitación no tendrá más de tres años, ni mucho menos trescientos.

Dumont abrió los ojos sorprendido e indignado.

—No, milord. No. ¡Me aseguraron que esta estatua es auténtica! El hecho de que me acuse de tal cosa es…

—No le estoy acusando de nada, Dumont —dijo John—. Ni tampoco le estoy diciendo nada que no sepa ya.

—Pero, milord, no veo cómo…

En ese momento sonó la campana de la puerta. Inmediatamente Dumont se giró hacia allí, aliviado por la interrupción. John también miró.

Y sonrió.

¿Cómo no iba a sonreír? La chica era joven y adorable, su belleza lo suficientemente radiante para brillar con luz propia en aquella tienda oscura. Era innegablemente inglesa, y probablemente adinerada. Llevaba perlas de un tamaño considerable en las orejas, cuentas de oro en el cuello y guantes de piel en las manos. Sus enaguas y su chaqueta eran costosas, pero antiguas, decoradas con tulipanes demasiado grandes que harían que cualquier parisino a la moda se estremeciese, tulipanes que contrastaban con la complexión blanca de la chica y su melena castaña. No tendría más de veinte años: una cintura pequeña, pechos firmes y pies bonitos.

La observó con rapidez y eficacia, como había hecho con la estatua de bronce. Pero lo que le hizo sonreír fue la rapidez con que la chica cerró su parasol, cómo entró en la tienda con la espalda recta y la

cabeza bien alta, con un lacayo tras ella, y dispuesta a conquistar aquel lugar extranjero como si de un almirante se tratara.

Dumont tosió delicadamente y se atusó la peluca.

—Si me disculpa, milord, tengo que ir a saludar a la señorita.

—Claro que sí, viejo truhán —dijo John—. Adelante. ¿Cómo puede resistir la tentación de desplumar a un pichón así?

Pero Dumont ya estaba con la chica, haciendo todo tipo de reverencias como si fuese la misma reina.

—Buenos días, *mademoiselle* —dijo en inglés—. Permita que le dé la bienvenida a mi humilde tienda. Me pongo a su entera disposición.

Ella asintió y comenzó a estudiar las estanterías abarrotadas.

—Me gustaría ver qué cuadros de calidad tiene entre sus artículos.

—Tenga por seguro que todos mis cuadros son de calidad, *mademoiselle* —dijo Dumont con orgullo—. No podría ser de otra forma.

—Muestre respeto —le dijo el lacayo—. Esta dama no es como cualquiera de sus *mademoiselles*. Es lady Mary Farren, hija de su excelencia el duque de Aston.

—Oh, por favor, Winters —dijo la chica—, eso no es necesario. A este hombre no le importa quién soy.

Pero a Dumont le importaba mucho, y John podía imaginarse los precios creciendo en la cabeza

del francés. La hija de un duque inglés era un raro espécimen en el puerto de Calais.

Y, aunque era la hija de un duque, no era la mujer de ningún marido, cosa que a John le pareció interesante. ¿Por qué no estaría en Londres buscando marido como cualquier joven de su edad y linaje? ¿Sería un escándalo lo que la hubiese llevado hasta esas costas?

Muy interesante.

—Oh, milady, perdone mi ignorancia —dijo el tendero—. Es un honor su presencia. ¿Cómo puede pensar que no me importaría?

—Bueno, sí, gracias —dijo lady Mary—. Ahora, me gustaría ver sus cuadros.

John volvió a sonreír. Le gustaban las mujeres directas que no necesitaban halagos.

—*Mais oui*, milady —dijo Dumont con otra reverencia, deteniéndose frente a un paisaje pastoral con un par de sátiros bailando entre las flores con sus patas de cabra—. Éste es un cuadro de primer orden, milady. De la escuela de Claude, si no del propio maestro.

La chica no contestó, simplemente se inclinó para estudiar la superficie del cuadro de cerca y frunció el ceño.

—Las pinceladas son soberbias, ¿verdad, milady? —dijo Dumont—. Vendí un cuadro parecido a éste, aunque no tan bueno, a un caballero inglés la semana pasada, y estuvo encantado de poder llevárselo.

—Yo no estaría encantada de llevarme un cuadro así —dijo ella—. ¿Quién desearía mirar esos horribles sátiros todos los días durante el té?

—Ah, de modo que tiene usted un gusto concreto —murmuró Dumont—. Un gusto refinado, quiero decir.

—Lo que tengo es gusto por la calidad, señor —dijo la chica con convicción—. No son los sátiros lo que no me gusta, sino lo torpemente pintados que están. Difama usted a Claude diciendo que esto es obra suya.

—La escuela de Claude, milady, la escuela —dijo Dumont, acercándose a un bodegón de flores marchitas y fruta podrida—. Tal vez prefiera un cuadro más edificante, milady, un recordatorio de nuestra mortalidad y un aviso sobre las consecuencias de una vida mundana.

—Una señorita no necesita que le recuerden esas cosas, señor —dijo ella—. Pero este cuadro de aquí sí me gusta.

Grace se apartó de Dumont y se agachó frente a un pequeño cuadro apoyado en la pared. Tocó el marco dorado con los dedos y sonrió triunfante.

Dumont frunció el ceño.

—¿Ése, milady? Me temo que no. ¡Me temo que no!

John sintió curiosidad. Desde su lugar junto al escaparate, no podía ver el cuadro tras la falda de la chica. ¿Qué tipo de gusto tendría?

Aún agachada y con la mano en el marco, lady Mary miró a Dumont con incredulidad.

—¿Cómo puede temer un cuadro como éste? Me parece maravilloso. ¿Por qué no me lo ha mostrado al principio?

Para sorpresa de John, Dumont frunció el ceño.

—Es nuevo en la tienda, milady. Y, como me gusta ser sincero con mis clientes, debo confesar que no sé nada sobre el pintor ni su historia. Sin ese conocimiento, no puedo venderle tal obra.

—¿No puede vendérmela? —ella entornó los ojos—. ¿No puede o no quiere?

—Lo que usted quiera creer, milady —dijo Dumont agarrando el cuadro y metiéndolo tras el mostrador—. Pero lamento tener que mantenerme firme. El cuadro no está en venta.

Y aquello fue suficiente para John.

—Dumont, Dumont. ¿Pero qué le pasa? —preguntó acercándose a ellos—. Sabe que no debe denegar la petición de una dama así. Le aseguro, milady, que normalmente es más amable.

La chica agarró el mango de su sombrilla con fuerza y se enderezó.

—Perdóneme, señor, pero no creo que nos conozcamos.

Dumont suspiró y dijo:

—Lady Mary, lord John Fitzgerald.

—Milady, es un honor —con la estatua de Mercurio aún entre sus brazos como si fuera un

bebé, John hizo una reverencia—. Estoy a su servicio, dispuesto a ser su caballero contra este dragón.

Dumont, el dragón, resopló con desprecio, no con fuego.

Pero lady Mary no pareció sorprendida.

—Milord —dijo ella con expresión gélida—. No recuerdo haber pedido un caballero.

—No es necesario —dijo él haciendo todo lo posible por desarmarla. No estaba acostumbrado a que las mujeres le contestaran así. Sabía que era un hombre apuesto, de veintinueve años, lo suficientemente atractivo para que casi todas las mujeres le devolvieran la sonrisa. Tal vez lady Mary fuese un desafío que no merecía la pena aceptar...

Pero quizá sí.

—Vamos, Dumont. Déjeme ver ese cuadro y…

—Soy perfectamente capaz de llevar a cabo esta transacción yo sola, lord John —dijo ella con las mejillas sonrojadas—. No habría entrado en esta tienda de no haber sido así.

—No es una cuestión de incapacidad, milady —dijo John dejando la estatua de Mercurio sobre el mostrador—. Pero pensé que necesitaría un poco de ayuda en las negociaciones con *monsieur* Dumont.

—No necesito tal cosa —dijo ella—. Si puedo hacerme cargo de las fincas de mi padre, entonces seguramente tenga la habilidad de elegir un cuadro que me guste.

—Entonces no es de extrañar que su padre haya

confiado en usted permitiéndole venir de compras sola.

—Mi padre confía tanto en mí que me ha enviado al extranjero mientras él permanece en Inglaterra. No duda de mi capacidad.

—¿Viaja sola? —preguntó John sorprendido. Normalmente las jóvenes inglesas en el continente iban tan rodeadas de padres y carabinas que apenas podían ver nada—. ¿Está sola en Calais?

—Oiga, milord, no le haga esas preguntas —le advirtió el lacayo, colocándose entre ambos—. Su excelencia no tiene por qué contestar.

Pero, con un suspiro de impaciencia, la chica bordeó al lacayo para colocarse frente a John una vez más.

—Viajo con mi hermana y una acompañante, aparte de varios sirvientes —dijo ella—. Así que verá que, cuando dije sola, me refería a sin mi padre.

John sabía que no era así. Sin su padre, o sin ningún pariente masculino, era como viajar sola.

Tal vez no fuera un desafío tan grande después de todo.

—Y, mientras viaja, colecciona arte —dijo él—. Con la confianza de su padre, claro. ¿Pero se considera usted una *connoisseur* o una *dilettante*?

—No creo que sea ninguna de ambas cosas —dijo ella.

John sonrió, confirmando sus sospechas. Las palabras extranjeras debían de sonarle desconoci-

das; probablemente fuera tan ignorante como cualquier dama inglesa, y no podría distinguir un *bonjour* de un *buongiorno*.

—Bueno, no importa —dijo él—. No ha sido justo por mi parte preguntarlo.

—Soy perfectamente consciente de mi propia ignorancia, lord Fitzgerald —dijo ella—. Mi padre siempre ha temido que resultara demasiado educada y poco atractiva para los caballeros, de modo que lo que sé me lo ha enseñado de manera furtiva la señorita Wood.

—Perdóneme, lady Mary —comenzó él—, no pretendía…

—Yo creo que sí lo pretendía —insistió ella—. No finja que no es así.

—No finjo —protestó él, aun sabiendo que sí lo hacía—. Estoy siendo sincero.

—Oh, sí, tan sincero como *monsieur* Dumont —golpeó el mostrador con los dedos—. Así que ya ve, lord Fitzgerald, que, aunque tengo interés por ser una *dilettante*, mi conocimiento es demasiado imperfecto para reforzar ese interés. Y, en cuanto a lo de ser una *connoisseur*, hasta que no visite las galerías de París y Roma y haya visto las obras de los grandes maestros con mis propios ojos, no puedo fingir ser una *connoisseur*.

—No —admitió John. Lo había derrotado en su propio juego, pero le gustaba por ello; le gustaba más de hecho que cuando la había creído otra dama

hermosa con la piel dulce como la nata—. No dadas las circunstancias.

—Desde luego que no —dijo ella sonriendo al fin—. Lo único que soy ahora mismo es una humilde coleccionista, comprando cuadros que me gustan, no los que tienen valor. Y por eso quiero tanto este cuadro.

—Lo tendrá —John deseaba que volviera a sonreírle. Sus dientes eran pequeños y blancos—. Dumont, el cuadro.

Pero el vendedor simplemente negó con la cabeza y dijo:

—Lamento decirle lo mismo a usted, milord. No puedo vender ese cuadro, ni a la señorita ni a usted.

—Al menos podrá dejarme ver lo que oculta —con un movimiento rápido, John se inclinó sobre el mostrador y agarró el cuadro por el marco.

—No, milord, se lo ruego —dijo Dumont—. ¡No es para usted!

—Si no le importa, milord, yo lo vi primero —dijo la chica apresurándose a su lado, como si temiera que fuese a escaparse con el cuadro—. ¡Estoy dispuesta a pagar lo que desee!

—Claro que sí —dijo John girando el marco hacia la luz de la ventana. Por primera vez pudo ver la imagen pintada, y la imagen fue suficiente para hacerle silbar con apreciación. Aquélla no era una falsificación cualquiera, ni esa cosa cursi que habría esperado que eligiese la chica.

El cuadro era innegablemente antiguo, al menos trescientos años, y estaba pintado sobre un panel de madera en vez de sobre un lienzo. Era italiano, probablemente florentino; ningún artista del norte pintaba así. El ángel estaba de rodillas, las plumas de sus alas multicolores vibraban sobre su espalda y llevaba una espada de llamas naranjas en las manos. Su halo era grueso y su túnica, azul brillante. Pero la auténtica joya era la cara del ángel, su expresión intensa; se trataba de un ángel guardián.

—¿No es precioso? —preguntó lady Mary inclinándose hacia delante para ver el cuadro—. Parece haber sido cortado de algo más grande, tal vez de un retablo. Y puede que el marco sea más nuevo.

John arqueó una ceja sorprendido.

—¿Se atrevería a decir su procedencia?

—Florentino, seguro, de principios del XV. El cuadro tiene esa textura extraña, témpera, no óleos; se ve por lo suave que es, sin pinceladas. Tal vez un Giotto, o una obra del estudio de FraAngelico, si no del mismo pincel del maestro.

—La mayoría de los ingleses preferirían el trabajo posterior de Guido, o de Tiziano. Encontrarían cuadros más antiguos como éste demasiado toscos.

—La mayoría de los ingleses son tontos que no ven los méritos de lo que tienen delante.

Una respuesta admirable para John.

—¿Cómo sabe que no es falso?

—No lo sé —admitió ella—. Podría haber sido

hecho la semana pasada por un delincuente, y yo no lo sabría. Lo único que sé es lo que he leído, y los grabados que he visto en los libros, aparte de un puñado de cuadros italianos que un vecino nuestro había traído de su viaje por Europa. Por eso conozco la diferencia entre las témperas y el óleo.

—¿Eso es todo? —preguntó él, sorprendido de nuevo—. ¿Sólo lo que ha aprendido de los libros y de los cuadros de su vecino?

Ella asintió con una sonrisa.

—Probablemente se ría de mí por admitir esto, pero también sé lo que el cuadro en sí mismo me dice. Los colores, la expresión del ángel, incluso el patrón alrededor del dobladillo de la túnica y por las alas; me pareció tan mágico que estoy segura de que es real. ¿Cómo podría alguien hacer una falsificación de eso?

John no se rió. ¿Cómo podría hacerlo cuando lo miraba con tal sinceridad y convicción?

—No puede seguir amparándose en la ignorancia de la principiante, milady —dijo él—. Un cuadro sólo habla a los oídos de un *connoisseur* y, a pesar de su inexperiencia, ya tiene la sabiduría para escuchar.

—¿Ve, milord, por qué no puedo vender este cuadro? —preguntó Dumont intentando de nuevo recuperar la obra—. Incluso esta joven dama reconoce su valor, su importancia.

—Lo que esta dama reconoce, señor, es que el

cuadro es mío —dijo ella con determinación—. O lo será cuando diga un precio.

—Dígalo, Dumont —dijo John—. Pagaré lo que pida y se lo regalaré a la señorita.

—No tengo intención de aceptar un regalo de usted —dijo ella—. Pienso comprarlo.

—Podremos discutir eso cuando Dumont haya dicho el precio —insistió John frunciendo el ceño con la esperanza de intimidar al vendedor. Estaba seguro de que Dumont había ido subiendo el precio mentalmente a medida que Lady Mary iba describiendo sus atributos—. Sea sincero como dice serlo, Dumont. Sabe que haría un buen negocio vendiendo este cuadro. La mayoría de sus clientes pensarían que es horrible.

—¡No es horrible! —protestó la chica—. Es…

—No está de moda, Dumont, y lo sabe —dijo John ignorando a la chica—. Ella simplemente es una *amateur* entusiasta, y eso también lo sabe. Le daré diez libras por él.

—¿Por qué no me cree, milord? —preguntó Dumont, frunciendo el ceño también—. El cuadro no está en venta.

John suspiró. Ya le estaba ofreciendo más de lo que valía el cuadro. Aun así, por alguna razón incomprensible, era demasiado importante para el vendedor como para vendérselo a la chica.

—Muy bien, Dumont. Once libras, y estoy siendo muy generoso.